



Fiammetta Sabba

VIAGGI TRA I LIBRI. LE BIBLIOTECHE ITALIANE
NELLA LETTERATURA DEL GRAND TOUR
Pisa-Roma, Fabrizio Serra Editore, 2018

Debemos la expresión «Grand Tour» a Richard Lassels y su primera comparecencia escrita a una guía de viaje publicada en Londres por John Starkey en 1670 con el título *The Voyage of Italy*. Lassels o Lascelles, sacerdote católico y preceptor de nobles ingleses, propagó en esas páginas la certeza de que el mejor suplemento de los contenidos administrados por los libros que leían sus pupilos era la constatación *in situ* de la letra estudiada. Vio en Italia el destino que mejor conciliaba el conocimiento de la historia, la arquitectura, la arqueología y las bellas artes con la formación tanto intelectual como ética que cabía esperar de un *young lord* capaz, tras la experiencia de los estudios, pero sobre todo del viaje, de ser un hombre mejor. Cinco veces repitió el tutor el viaje que encarecía a sus alumnos. La insistencia en Italia como meta acabaría por hacer del Grand Tour una suerte de obligado *iter Italicum*, o al menos, el principal estímulo geográfico de la peripecia. Pero lo cierto es que dos siglos antes de esta acuñación—grande más que por el caudal de leguas transitadas por el tamaño de los beneficios culturales derivados de haberlas recorrido—, Italia ya había sido el destino forzoso de filó-

logos y copistas, de pintores y arquitectos, de tipógrafos y grabadores, de escultores y músicos conscientes de que las lecciones de la Antigüedad Clásica habían pervivido en la península Itálica con mejor salud que en el resto del continente.

Las prescripciones itinerantes del padre Lassels tendrían una fortuna decisiva en la formación de las elites intelectuales europeas de los siglos XVII y XVIII. El «viaje a la semilla» sirvió como experiencia identitaria de un grupo selecto de europeos que se reconocían en una educación de corte humanístico más o menos dispar, desarrollada en universidades, academias y preceptorías privadas, pero con el trámite unificador del viaje a Italia como validación común de los estudios emprendidos en cada país.

El itinerario original de Lassels acabaría conociendo hijuelas y derivaciones geográficas acordes también con la ampliación del espectro social de los viajeros, alternativas sugeridas en buena medida por la fortuna editorial del relato que los últimos extravagantes proponían. Debilitado el propósito inaugural del Grand Tour, recorrer las ruinas de Pompeya acabó cediendo la primacía frente a la posibilidad, por ejemplo, de tomar las aguas en Baden-Baden. Pero aún con esas digresiones tardías, que admitieron a Grecia y a España en la ruta por razones más deudoras del ideario romántico que del ilustrado, el Grand Tour supuso una confirmación del prestigio cultural de Centroeuropa—con la aclamada excepción meridional de Italia— sobre el resto del continente. De manera un tanto accesoria, Inglaterra, en su condición de país emisor de un altísimo número de pasajeros del Grand Tour y sede editorial por excelencia de la literatura alumbrada por el viaje, se benefició de recibir a sus hijos itinerantes con una carga adicional de instrucción de la que carecían en el momento de partir.

Estrictamente en el contexto del Grand Tour, el viaje a Italia era una experiencia de reconocimiento, la confirmación de una herencia cultural que podía admirarse en su enclave originario y que, a partir de ese momento, adquiriría un sentido biográfico que ligaba al viajero con la tradición y lo hacía dueño de una experiencia cultural y estética de la que debía alimentarse en el porvenir. El tránsito europeo venía a ser, por tanto, una convalidación vital de las lecturas académicas y una oportunidad de ampliarlas al regreso con nuevos libros adquiridos durante el viaje, o bien —y esto es imprescindible para alimentar la propia conciencia del Grand Tour— mediante su evo-

AVISOS



cación. Es precisamente este último aspecto de la peripecia, el de su divulgación escrita, el que está en el origen de *Viaggi tra i libri* y el que ha llevado a Fiammetta Sabba a revisar la literatura surgida del camino con la intención de reunir las noticias que los viajeros dejaron dispersas en sus recuerdos sobre las bibliotecas italianas que llegaron a visitar.

La tipología documental generada por los pasajeros ilustrados del Grand Tour permite hoy reconstruir una historia intelectual del viejo continente sumamente fértil y llena de matices. Releer las cartas y los diarios de estos registradores de la herencia antigua, sus relaciones, sus memoriales y sus notas ofrece al interesado en la historia cultural de la Edad Moderna la posibilidad de un acceso múltiple al tiempo que comprometido con ciertas subordinaciones derivadas del género literario o del destinatario ideal al que va dirigida la confianza del viajero. Esta literatura *odeporica* —el adjetivo italiano se mira en el griego clásico para nombrarse— sirve, por lo demás, de confrontación de dos momentos cruciales de la historia cultural europea. Por una parte, documenta la vigencia del legado clásico en sus diversas manifestaciones —vestigios de la antigüedad, bienes arqueológicos y las plurales formas del anticuariado—, en un intervalo de dos siglos. Por otra, contrapone cierta concepción idealista de ese patrimonio histórico y cultural considerado ejemplar, con la percepción que sus beneficiarios más directos, es decir, los habitantes de los emplazamientos originales de aquellas manifestaciones antiguas, tenían de su prestigiosa herencia. Y, en tal sentido, el examen de las instituciones históricas y culturales que los viajeros incluyeron como parte de sus observaciones a lo largo del camino, sobrepasó el límite de los templos y las ruinas, de las esculturas y las bibliotecas para detenerse en el posible reconocimiento de ciertas afinidades entre aquel respetable legado de los antiguos griegos y romanos y el carácter que definía la vida cotidiana de sus herederos geográficos más directos, desde la forma de vestir hasta la de gobernarse. Una aproximación semejante, que iría creciendo en detalles etnográficos a medida que los viajes se prolongaron en el siglo XIX, es ilustrativa también de la evolución de los modelos culturales que conformaron a las elites aristocráticas europeas durante casi doscientos años.

Viaggi tra i libri se organiza en tres grandes partes. La primera se ocupa de la tipología documental y las fuentes de la literatura de viajes en el contexto, especialmente, del Grand Tour. Muy oportunas son las observaciones y las cautelas sobre la relación entre forma y contenido en estas escrituras que acogen diversas posibilidades de manifestarse —cartas, diarios, guías, informes— sujetas a diversos grados también de espontaneidad. La provisión de noticias dirigidas a un confidente real bajo la forma de un epistolario privado —aunque acabe haciéndose público en una imprenta— expone al lector de hoy a un ejercicio de aceptación de lo escrito distinto del que brinda el mismo relato del viaje bajo la forma de una guía carente de destinatario real concreto, por más que pueda adoptar el aspecto de una escritura epistolar. Veracidad y exposición fragmentaria de las noticias, aspectos propios de la escritura de cartas, rivalizan con el mayor grado de sistematización que ofrecen las guías de viaje y los diarios, dos géneros, sin embargo, más susceptibles de admitir intervenciones editoriales y elaboraciones literarias.

La segunda parte se vincula al subtítulo que completa la propuesta de estos *Viaggi tra i libri*, es decir, *le biblioteche italiane nella letteratura del Grand Tour*. En ella, la autora considera la correspondencia derivada del viaje como fuente documental para abordar una historia de las bibliotecas y las colecciones librarias italianas de fondo antiguo. Los monumentos literarios de los bolandistas y los maurinos entre los siglos XVII y XVIII tienen cabida en esta sección que revisa testimonios bibliográficos y bibliotecarios espigados en la correspondencia de diversos viajeros desde finales del Seiscientos hasta el siglo XIX.

En este recuento de experiencias que nutren la literatura del Grand Tour hay que esperar a los últimos años del siglo XVIII para encontrar el único nombre de un viajero español en todo el volumen. Se trata del jesuita Juan Andrés, que entre 1785 y 1791 dejó memoria de su paso por nada menos que ciento veinte bibliotecas italianas en las cartas que escribió a su hermano Carlos. Publicadas en Madrid en cinco volúmenes —el primero en 1786 y el último en 1793— bajo el título de *Cartas familiares*, habrían de iluminar el viaje a Italia que Leandro Fernández de Moratín iniciaría en 1787 en calidad de secretario del ministro Cabarús, una andadura que acabaría, a su vez, generando el correspondiente testimonio documental publicado póstumamente en 1867 bajo el título de *Viaje de Italia* (*Obras*, I, pp. 271-587). La condición de bibliófilo y de lector erudito que se aúna en la figura de Juan Andrés confiere a sus observaciones sobre manuscritos y libros raros un valor indudable, de los más documentados entre viajeros del Grand Tour. La relación de su paso por diversas instituciones librarias —colegios, archivos, bibliotecas y fondos de particulares— resulta imprescindible para el interesado en la reconstrucción del ambiente cultural de

las sedes que visita. Su crónica no se limita a destacar puntualmente la presencia de libros valiosos o de libros que colman sus expectativas intelectuales, sino que documenta aspectos del propio funcionamiento de los establecimientos que visitó. Entre las informaciones más noticiosas de sus cartas pueden contarse las referidas a los distintos bibliotecarios con los que trató, a la disposición de los libros que estaban su cargo, a los catálogos que los describían y a la disponibilidad de acceso a los fondos.

La tercera parte de *Viaggi tra i libri* completa esa prudente divergencia de las fuentes documentales abordada en la primera parte para ofrecer un panorama de las bibliotecas italianas pero, en esta sección, a través de los diarios de viaje. El mentor del Grand Tour, Richard Lassels, abre la lista de los nombres examinados. La revisión de testimonios sigue un camino cronológico ascendente hasta adentrarse en las primeras décadas del XIX de la mano de Joseph Forsyth, J. C. Eustace, Johann Martin Scholz, Friedrich Blume y Antoine-Claude Pasquin, todos ellos ejemplo del paseante culto por Europa, entregado a la visita de bibliotecas y al examen de libros impresos y manuscritos, en un periodo en el que los alicientes estrictamente culturales del viaje empezaban ya a disolverse en las aspiraciones prioritarias de los viajeros.

El estudio de Fiammetta Sabba se completa con una serie de índices sumamente útiles por la información que proporcionan reunida y organizada. El de las sedes editoriales de esta literatura de viajes permite comprobar en apenas un vistazo que fue Londres el lugar desde el que se difundió, con evidente supremacía sobre las demás imprentas, el relato del Grand Tour. Por lo que respecta a las bibliotecas más visitadas entre los concurrentes del *iter Italicum*, la Vaticana, la Ambrosiana y la Laurenziana aventajan al resto. Si la lista de los establecimientos obstinadamente visitados resulta significativa, las omisiones que un índice como el de «bibliothèque per città» permite advertir es asimismo elocuente de lo que durante dos siglos dejaron de ver las elites ilustradas que peregrinaron a Italia a reconocer libros y librerías.

Viaggi tra i libri, aparte de un trabajo imprescindible para adentrarse en la historia de las principales bibliotecas italianas sin perder de vista el contexto territorial, social y cultural en el que se insertaron, sirve para estimular una reflexión que concierne al modelo de biblioteca histórica que hemos heredado y cuál puede ser su destino. La especulación no fue ajena tampoco a los viajeros del Grand Tour. Leopold Berchtold advirtió a finales del XVIII que, entre los visitantes de las bibliotecas italianas, se tendía a hacer distinciones: pública era aquella librería al servicio del poder civil y social; la etiqueta «de conservación» —digamos una librería de gusto anticuario y no necesariamente accesible— advertía de un museo inútil a menos que las obras que atesoraba acabaran conociéndose gracias a su publicación. La biblioteca, pues, como centro de irradiación del conocimiento y como recurso preferente en la formación intelectual, en contraste con el coleccionismo sin proyección pública ni beneficio social.

En nuestros días, descuidado el compromiso de viajar para volver con más formación de la lograda en el momento de partir, la prioridad del turista que fatiga Europa no es cultural, por mucho que se tienda a admitir bajo el abnegado término de «cultura» cualquier actividad recreativa que se conciba, con independencia de la condición más o menos vulgar, más o menos imprecisa o más o menos ridícula que implique la propuesta. Las bibliotecas de fondo antiguo no son parte todavía de esa rebaja masiva de contenidos que convierte en «cultura» el mero hábito de comer, de comprar o de regirse por un horario distinto. Pero el debate sobre la gestión de las instituciones culturales especializadas a la luz del rodillo reductor del turismo universal ya es un hecho, especialmente en los países cuyas colecciones históricas alentaron la peregrinación de los viajeros ilustrados europeos durante más de dos siglos.

Con la decadencia de las Humanidades como fundamento cultural identitario de un continente está en juego una prioridad. En el caso de las bibliotecas históricas, lo que se dirime es su pervivencia como lugares específicos de cultura, como espacios de progreso científico y de conocimiento de las fuentes que alimentan un discurso intelectual mantenido de forma ininterrumpida, aunque variable en el apasionamiento, desde la Antigüedad Clásica hasta hoy. O bien su transformación en museos turísticos donde la difusión de ese legado bibliográfico a través de catálogos, el conocimiento del contexto histórico que decidió su reunión y la consciencia de que el estudio de las fuentes escritas es una vía insustituible de acceso al conocimiento de nuestra herencia cultural adquieran menos relevancia que la propiciada por la admiración del mobiliario donde se alojan los libros, el tamaño de las estancias donde caben los armarios y la belleza de ciertos ejemplares escogidos para proclamar, dentro de una urna, una





condición de tesoro antes que de documento. Esta alternativa tiene el aval, hoy glorificado, de complacer a un número copioso de individuos –cómo no acordarse aquí de la advertencia de Gonzalo Rojas: «todo lo copioso es poco fidedigno»–, de tolerar una rentabilidad económica obtenida de la simple exposición del objeto –a costa de reprimir su rentabilidad científica– y, por fin, de alimentar un discurso complaciente con las exigencias de sensibilidades victoriosamente educadas en un pensamiento y en un gusto convencionales.

Como los viajeros del Grand Tour, quizá debamos prolongar el hábito de poner a Italia como destino. O, al menos, obligarnos a emprender ciertas peregrinaciones bibliográficas alumbradas en su territorio. Filólogos e historiadores italianos llevan cuatro décadas avisando desde la imprenta del cambio de paradigma que el turismo de masas sugiere a los administradores de los bienes culturales públicos en su país. La concesión es progresiva y cada vez más general en toda Europa. Un título como «Salviamo le biblioteche dai luoghi comuni», publicado por Alfredo Serra en 1978, adquiere hoy una urgencia renovada.

Contra los peligros de una deriva hacia la banalidad cultural en la gestión de las grandes bibliotecas públicas, los *Viaggi tra i libri* de Fiammetta Sabba contienen un discurso implícito, dirigido a lectores cómplices o a lectores conscientes de que los libros entre las manos enseñan más que abiertos por una página petrificada tras el cristal de una vitrina.

Natale Vacalebri

COME LE ARMADURE E L'ARMI. PER UNA STORIA DELLE ANTICHE BIBLIOTECHE
DELLA COMPAGNIA DI GESÙ CON IL CASO DI PERUGIA
Firenze, Leo S. Olschki Editore, 2016

El presente estudio es el volumen CCV de la Biblioteca di Bibliografia, dirigida por Edoardo Barbieri, una colección asociada desde su inicio al prestigio editorial de Leo S. Olschki. El propio editor florentino ya había concebido La Biblioteca di Bibliografia como complemento de estudios de la reconocida revista *La Bibliofilia*. Barbieri firma un prólogo de presentación donde brevemente sitúa esta aportación de Vacalebri dentro del contexto general de historia de las bibliotecas y, en concreto, de las jesuíticas. Es bien sabido que Ignacio de Loyola tuvo una intensa e interesante relación con la cultura libraria, pasando de la lectura juvenil de libros de caballerías a escribir y publicar uno de los textos más determinantes de la espiritualidad en la Europa del XVI, los *Ejercicios espirituales* (1548). Ya en vida del fundador de la Compañía de Jesús –murió en 1556– esta comprendió lo relevante que era fijar dicha relación en las *Costituzioni*, en el primer reglamento bibliotecario (Coimbra, 1545), y en las *Regulae Praefecti Bibliothecae* de 1553. Pero el marco de referencia es la *Ratio studiorum* (1599), varias décadas posterior. Por ello, antes de tratar de los textos anteriores y tras una introducción de contenido, el primer capítulo se centra en la *Ratio*. Por lo demás, la estructura del libro, organizada en tres partes bien diferenciadas, deriva de la ofrecida en la tesis doctoral del autor, Natale Vacalebri, defendida en la Università degli Studi di Udine.

Hacia 1600, en el momento en que se instaura la *Ratio studiorum* de 1599, había exactamente 176 casas y colegios donde los jesuitas ejercían su docencia –existe una detallada relación en la Biblioteca-Archivo Zabálburu, carpeta 241, nº 51– y, casi treinta años después, la cifra se había incrementado significativamente, de manera particular en España. La relación de todos los centros se recoge en la poliantea de Laurentio Beyerlinck, *Magnum theatrum vitae humanae* (Colonia, 1631. Tomus VI, págs. 263-264). Durante las primeras décadas de existencia se confiaba en las *rationes* locales pero debido al creciente volumen docente se hizo necesario homogeneizar criterios y prácticas. Vacalebri refiere en la primera parte de su libro (págs. 1-31) cómo fue surgiendo esta necesidad, se ocupa de la redacción de la *Ratio studiorum* y la organización de los estudios en ella a partir del *modus Parisiensis* –no hay que olvidar que Ignacio pasó siete años en la universidad parisina–, y, por último, se aproxima a la articulación textual de la *Ratio* y a la relación directa de ella con los libros y sus tipologías.

Mucho más extensa es la segunda parte (págs. 33-157). Se adentra en una amplia revisión que incluye la sistematización jesuítica y sus textos claves en lo relativo al trato que la Compañía establece con el libro bajo muy diversas formas: docencia, lectura, consulta, prohibición, adquisición, producción tipográfica por parte de los

padres, clasificación y catalogación en los colegios, tanto en la teoría —a través de lo dispuesto por Possevino, Clement o Garnier—, como en la práctica. También se ocupa del espacio librario y su organización física, del personal dedicado a su atención y demás cuestiones relacionadas con el buen mantenimiento de una librería.

Las dos primeras partes dan paso al tercer ámbito temático tras los dos marcos contextuales de referencia que le preceden, muy explicativos. Analiza ahora Vacalebres el caso de la biblioteca del colegio de Perugia, a la que dedica un centenar de páginas (159-259) que cubren un periodo de más de dos siglos, desde 1553 a 1773. Aborda el establecimiento de la Compañía en la ciudad, la relación con la universidad, la vida libraria del Colegio, el inventario de 1565, diversas donaciones y adquisiciones, la estructura de la biblioteca y, por último, ofrece una valoración final sobre sus fondos. Con las fuentes documentales de la Biblioteca Augusta de Perugia (BAP), el Archivo de Roma de la Societatis Iesu (ARSI), y otros grandes centros italianos, arma Vacalebres los sucesivos contenidos, rematados por una utilísima bibliografía y un índice onomástico.

Hay que subrayar el rigor de las fuentes manejadas por Vacalebres pues son directas y de primer orden, como las que cita de los *Monumenta Historica Societatis Iesu*, el manantial documental oficial de la Compañía. Prueba del gran relieve de la Compañía a efectos documentales es que cuenta con sección propia en el Archivo Histórico Nacional o en la Real Academia de la Historia. Y al margen de estos dos grandes centros de investigación, no faltan otros donde se conservan cartas de jesuitas, esclarecedoras para explicar la historia moderna, particularmente en España. El paradigma educativo de la Compañía fue usado por la Iglesia Católica como eficaz arma de la Contrarreforma a la hora de frenar la expansión luterana, según ocurrió en la misma Alemania, sede de potentes focos jesuíticos, como Ingolstadt, Colonia y otros, a partir de la labor de san Pedro Canisio.

El relieve notabilísimo de la docencia jesuítica en los casi quinientos colegios que llegó a tener en el siglo XVIII se reflejó en las ricas bibliotecas de muchos de ellos, caso en España de la sevillana del colegio de san Hermenegildo. La dispersión de la misma tras la expulsión hispana de la Compañía en 1767 alimentó no pocas bibliotecas andaluzas, por ejemplo —incluso a efectos bibliófilos—, la del Asistente de la ciudad, Francisco de Bruna, hoy en la Real Biblioteca. Y es que en las décadas anteriores ya el interés de los jesuitas en España por difundir la cultura libraria fue intenso. Bastan dos ejemplos para ilustrar este aspecto en el propio entorno de la Corona: el protagonismo del padre Robinet en la apertura al público erudito de la regia biblioteca madrileña del pasadizo de la Encarnación, anexa al viejo Alcázar, en 1711, y el programa de patronazgo real para copiar los vetustos códices visigóticos toledanos a mitad de siglo por parte del padre Burriel, acompañado del calígrafo Palomares, bajo el beneplácito de Fernando VI. Después, el acentuado regalismo carolino no toleró la prosperidad social de la Compañía, su infiltración en multitud de aspectos de la vida hispana y su fiel obediencia papal, pero es evidente que la cultura hispana, y en general toda la europea, no se entiende sin la Compañía, como bien estudió intensamente a lo largo de su vida otro jesuita ilustre, el padre Batllori.

La aportación jesuítica a la cultura libraria europea durante la época Moderna es, por tanto, capital y poliédrica ya que va de lo misional a lo erudito y de lo docente a las fuentes codicológicas. Tanto en la sección de Jesuitas del AHN como en la de Códices se conservan muy diversos inventarios de colegios, donde hay índices en el momento de la expulsión dieciochesca de Burgos, México, Tarragona, Ávila, Alcalá de Henares o el Colegio Imperial madrileño. Gracias a la minuciosidad de ellos —a veces con pie de imprenta incluido— se pueden atestiguar ediciones hoy perdidas de grandes autores. Aunque solo fuera por esta única realidad, entre otras muchas, los colegios de la Compañía merecerían ocupar un papel destacado en la historia de las bibliotecas. Pero baste con saber que estas bibliotecas colegiales alimentaron la escritura de autores de la talla de Lope de Vega en el Colegio Imperial o del mismo gran jesuita Baltasar Gracián, en los colegios en que impartió docencia, ayudando a redactar un *corpus* que le encumbra como una de las grandes inteligencias europeas de todo el siglo XVII.

Hay que subrayar que Vacalebres estudia pormenorizadamente la teoría y la práctica de las bibliotecas jesuíticas en un contenido sólido pero no denso, muy eficaz en su desarrollo explicativo. Su certera aproximación, más allá de la propia Compañía y cómo se organizaba a efectos librarios, es la historia de una parte de la difusión del saber y el conocimiento en la Europa Moderna.





Alessandro Tedesco

ITINERA AD LOCA SANCTA.

I LIBRI DI VIAGGIO DELLE BIBLIOTECHE FRANCESCANE DI GERUSALEMME
BIBLIOTECA BIO-BIBLIOGRAFICA DELLA TERRA SANTA E DELL'ORIENTE FRANCESCANO
Milano, Edizioni Terra Santa, 2017

El Papa Clemente VI, por bula dada en Aviñón en 1342, promulgó la constitución jurídica de la llamada «Custodia de Tierra Santa», en manos de la Orden de Frailes Menores. Este anhelo de la Orden databa desde los tiempos fundacionales pues ya en el Capítulo general de 1217 –se fundó en 1209–, nació la Provincia de Tierra Santa (Egipto, Siria y Palestina), visitada durante varios meses por el propio san Francisco, entre 1219 y 1220. La Provincia se divide, para mejor gestión, en 1263, en «Custodias», y la de Tierra Santa agrupaba Jerusalén y seis ciudades costeras vinculadas a la presencia cruzada. Tras la caída de Acre en 1291, los franciscanos, desde Chipre, enviaron misiones de permanencia en el Santo Sepulcro, documentadas en 1322 y otros años, y que ayudaron sin duda a que el sultán de Egipto permitiera el retorno franciscano a los santos lugares, gracias a la gestión de los reyes de Nápoles, Roberto de Anjou y Sancha de Mallorca. La bula referida aprobaba la donación a la Iglesia de este privilegio concedido a los reyes por el sultán. En 1992, Juan Pablo II respaldó por escrito esta encomienda a la Orden franciscana, ratificando su misión.

Para conmemorar el ochocientos aniversario del Capítulo general que dio lugar a los hechos posteriores referidos, la *Biblioteca bio-bibliografica della Terra Santa e dell'Oriente Francescano*, dirigida desde sus inicios, en 1906, por Girolamo Golubovich (OFM), ha decidido incluir en sus colecciones el presente volumen. La *Biblioteca* cuenta con treinta y tres volúmenes repartidos en cinco series, la última comenzó en 2012. Esta serie postrera se compone de cuatro, tres dedicados al Archivo histórico de la Custodia, y este, que se centra en la Biblioteca –existente en Jerusalén– y, en concreto, en la colección de libros de viajes a los santos lugares contenidos en ella y editados entre los siglos XV y XVIII.

Como explica brevemente en la presentación el padre Francesco Patton, que está al frente de la Custodia, en los libros de viajes gerosolimitanos no solo hay vivencias personales o narraciones de peripecias en el viaje, sino observaciones etnográficas, consideraciones arqueológicas y artísticas, descripciones topográficas y botánicas. Sigue un escueto saludo del actual director de la Biblioteca franciscana, el padre Lionel Goch, y continúa una «Premessa», ya vinculada al contenido del libro, a cargo de Edoardo Barbieri, profesor en la Università Cattolica di Milano y en la de Udine y, desde 2007, director del Centro di Ricerca Europeo *Libro, Editoria, Biblioteca*.

Desde la página XVII a la LXXII halla el lector una extensa introducción sin firmar –pero a cargo del profesor Alessandro Tedesco–, culminada con una bibliografía de repertorios y catálogos que asientan las ediciones descritas a continuación, desde la página 3 a la 343. Tedesco, asimismo de la Università Cattolica di Milano, es un experto conocedor de esta literatura de viajes a Tierra Santa, autor de diversos trabajos previos sobre la materia centrados en obras concretas y significativas, en ediciones de algunos de esos textos y en estudios lexicográficos sobre la lengua empleada por los peregrinos.

La introducción de Tedesco, verdadero estudio preliminar, tiene varias partes: la primera explica la significación de la Custodia de Tierra Santa a través de los libros y documentos. La segunda se ocupa de los libros de viajes a los santos lugares tras abordar la relación que a lo largo de los siglos han entablado los franciscanos con las peregrinaciones gerosolimitanas, el sentido –sagrado– de estos viajes, el origen de la literatura de viajes en general y cómo estas peregrinaciones impulsaron el género, hasta llegar a los libros de viajes en el período incunable, vistos, por tanto, desde una perspectiva tipográfica. La tercera parte se ocupa del fondo concreto de la Biblioteca franciscana en Jerusalén. Aquí se exponen las características del fondo y se ofrecen observaciones sobre la labor de catalogación, las procedencias –y los ex libris presentes–, los *marginalia* y las fichas manuales de las ediciones guardadas en la Biblioteca. Antes de dar paso al catálogo propiamente dicho se ofrece una nota aclaradora en la que se explican los distintos niveles informativos en los que se estructuran los registros catalográficos.

Referirse aquí a las ediciones representadas en este fondo desbordaría los límites de la reseña, pero cabe indicar que uno de los incunables de mayor éxito y consumo en su tiempo, la célebre *Peregrinatio in terram sanctam* de Bernhard von Breydenbach, está presente en su edición de 1490. Su notoriedad fue muy similar a la de la obra de Rolewinck, *Fasciculus temporum*, el primer libro ilustrado en España (Sevilla, 1480). Por cierto, la vista más antigua

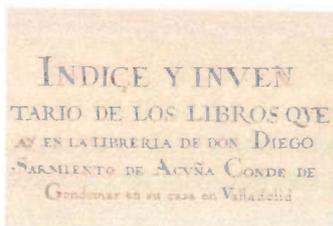
de Jerusalén de la que se tiene constancia está en un incunable emblemático por su significación en la historia de la imprenta, el *Liber chronicarum*, de Schedel, que es la obra más profusamente ilustrada del periodo de la imprenta incunable. La vista no es fidedigna pero recoge edificios muy representativos y simbólicos de la ciudad, como el Templo de Salomón.

Son libros, los recogidos en el Catálogo, impresos en diversas lenguas: latín, italiano, alemán, neerlandés, inglés, francés, portugués y español, y por tanto, representativos de la visión europea en su conjunto de los santos lugares. Estampadas por toda Europa, desde 1486 a 1799, el catálogo recoge 202 obras. A la descripción catalográfica y a las referencias bibliográficas que validan la identificación de la obra, se añade abundante información sobre los datos específicos del ejemplar y se insertan imágenes en blanco y negro de portadas o de los grabados más significativos que contienen dichas ediciones. Se culmina el volumen con varios índices: cronológico de las ediciones, a las que se asocia el nombre del autor; un índice de nombres que acoge diversas responsabilidades en la obra al margen de la autoría –traductores, comentadores, editores literarios, grabadores, etc–; de lugares de impresión, de impresores, editores y libreros, y un último índice de poseedores.

El de los libros de peregrinaciones se puede considerar un subgénero dentro de los de viajes pero mucho más allá de lo confesional y de la fe religiosa de sus protagonistas, nos hablan, a veces entre líneas, de otras realidades, como el comercio o la agricultura, y no descuidan la referencia a las costumbres. Frente al supuesto «choque de civilizaciones», constituyen un ejemplo de interés recíproco por tolerarse y conocerse. Baste recordar la permisividad con la orden franciscana del mismo sultán de Egipto, An-Násir Muhámmad, modelo de apertura y de diplomacia pues la suya abarcó del Papa al sultán indio de Delhi. El pasado siempre enseña al presente.

EX BIBLIOTHECA GONDOMARIENSI

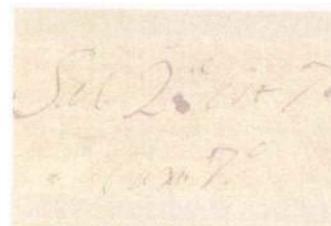
INVENTARIO 🔍



OBRAS 🔍



EJEMPLARES 🔍



PROYECTO DE EDICIÓN ONLINE DE INVENTARIOS DE LIBROS

([HTTP://INVENTARIOS.REALBIBLIOTECA.ES](http://inventarios.realbiblioteca.es))

El proyecto de edición de inventarios «Ex Bibliotheca Gondomariensi» cambia de sistema de consulta y de modelo de datos para mejorar sus interfaces, administrativa y de usuario, y facilitar su mantenimiento. Hasta el presente, este recurso tenía como soporte tecnológico eXtended Text Framework (XTF), un sistema de publicación de archivos XML con herramientas especializadas en el tratamiento de textos codificados en Text Encoding Initiative (TEI). Los datos, con una codificación próxima a este estándar, eran cargados e indizados para ser fácilmente recuperables a través de formularios de consulta en la Web.

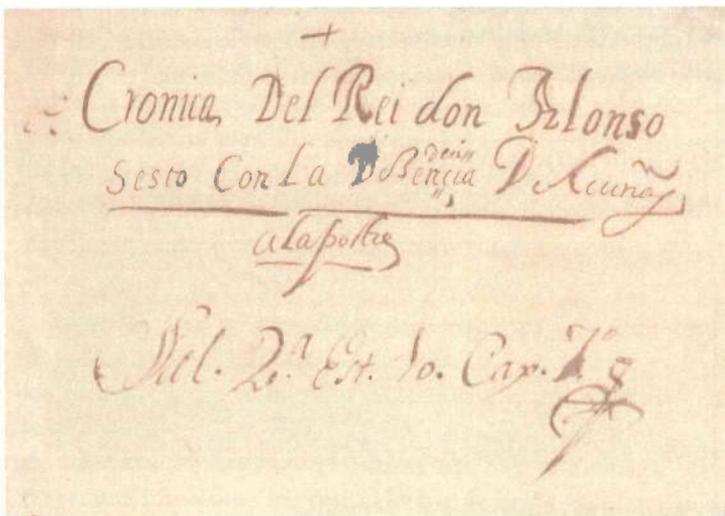
En la actualidad, «Ex Bibliotheca Gondomariensi» recoge en su totalidad el «Índice y inventario de los libros que ay en la librería de don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, en su casa de Valladolid, hecho a último de abril de 1623», que se conserva en dos volúmenes en la BNE (Mss. 19523-19524). Este inventario es el más próximo al estado de la biblioteca en vida de su principal creador, el I conde de Gondomar.

Manteniendo la misma información que el sistema anterior, si bien en proceso de actualización, esta nueva propuesta se adapta a un modelo relacional con tres tablas. La principal, denominada 'Obras', recoge la información de la obra de forma sucinta distribuida en cinco campos: autor, título, lugar de impresión, impresor o editor y fecha de publicación. Una segunda tabla, 'Asientos', contiene en tres campos los datos tomados del inventario. El principal es el 'título', en el que se transcribe literalmente el asiento. La tabla 'Ejemplares', por último, resume en cinco campos las características del ejemplar concreto que poseyó la biblioteca del conde de Gondomar: Ubicación, fondo, signatura moderna y antigua, y la URL estable del registro en IBIS.



Estas tres tablas están perfectamente imbricadas. Así, los registros de 'Obras', que hemos considerado tabla central, se relacionan con sus correspondientes asientos y ejemplares por medio de sendas claves identificativas, que se traducen en un enlace a los registros referenciados en la página de detalle. Un registro de Obra puede referenciar cero, uno o múltiples registros de Asientos. En el primer caso, se trataría de un asiento sin identificar, hecho frecuente debido a la parquedad de datos o a la ambigüedad. Es lo que sucede con entradas del tipo «Chronica del rey don Henrique 4º» o «Linajes y armas», sin alguna otra precisión que permita discriminar entre las varias que obedecen a ese título. El segundo caso, de relación unívoca, afortunadamente también es frecuente, y lo observamos en asientos que incluyen autor y título, como «Don Alonso, obispo de Burgos, Tratado de la preeminencia del Rey d'España a el de Ynglaterra», que referencia una obra bien conocida de Alfonso de Cartagena, o en entradas más imprecisas que solo el conocimiento en profundidad de la biblioteca del conde permite identificar. El tercer supuesto, una obra que se relaciona con más de un asiento, se ha implementado en el sistema como posibilidad, ya que en el estado actual no se da, al haber trabajado con un único inventario. En el futuro se prevé incorporar no solo inventarios de otros poseedores, sino también otros catálogos librarios del propio conde de Gondomar que reflejen estadios diferentes de la librería. En ese caso, observaremos esa relación múltiple que nos permitirá aproximaciones comparativas entre bibliotecas.

En cuanto a la relación Obra-Ejemplares, esta puede adoptar varias cardinalidades. En primer lugar, puede no



existir ningún ejemplar para un determinado título, es decir, se ha conseguido identificar la obra referenciada en un asiento del inventario, pero no se ha localizado el ejemplar de Gondomar que contiene esa obra. Este caso se da con bastante frecuencia, dada la dispersión de la colección de Gondomar y la más que probable pérdida de ejemplares, debido a las vicisitudes padecidas por esta biblioteca desde su instalación en la casa del Sol de Valladolid e, incluso, con anterioridad, hasta su llegada al Palacio Real de Madrid. A pesar de ello, la relación de una obra con un ejemplar es la más frecuente, no en vano el fondo del conde se conserva mayoritariamente en la Real Biblioteca. En muchos casos, la configuración actual de algunos volúmenes facticios, dado

que se corresponde con la descrita en los asientos del inventario, viene en ayuda de la identificación del ejemplar. Ocurre, por ejemplo, con la entrada «Chrónica del rey don Alonso el sexto. Con la descendencia de los Acunas. Fº», que identifica unívocamente al ejemplar RB II/517, frente a otros candidatos que también contienen la Crónica de Alfonso VI (i.e. Alfonso VII). Finalmente, la relación de una obra con varios ejemplares solo es considerada como posibilidad en esta fase del proyecto, en espera de que se incorporen otras bibliotecas.

Por último, la interfaz de usuario de este recurso electrónico presenta un diseño sencillo con tres posibilidades de acceso. El primero, a través del inventario, nos lleva a la relación de sus epígrafes, perfectamente jerarquizados, y a los asientos correspondientes, de modo que permite una lectura secuencial. Cada uno de los asientos enlaza con la obra, en caso de que la identificación haya sido posible. El segundo acceso, denominado Obras, nos conduce a un formulario de consulta que permite una interrogación de acuerdo con estos criterios: Autor, título, datos del pie de imprenta y fecha. Y, finalmente, el tercer modo de acceso tiene que ver con el ejemplar y, en este caso, la interrogación se limita a los datos que lo conciernen: fondo, localización y signatura.

AVISOS 84



AVISOS 84